

# Cuadernos del Sur

---

Año 18 - Nº 33

Mayo de 2002

NUEVAS DIRECCIONES

**[www.cuadernosdelsur.org.ar](http://www.cuadernosdelsur.org.ar)**  
**[editores@cuadernosdelsur.org.ar](mailto:editores@cuadernosdelsur.org.ar)**

Tierra  
del  fuego

---

## ¿Pensamiento o práctica única?

(Reseña de los libros *Pensamiento Único en Filosofía Política*, Actuel Marx, Buenos Aires, 2001 y *Pensamiento Único vs. Pensamiento Crítico*, Le Monde Diplomatique - Edición Española, Madrid, 1998).

**C**orría el año 1995 e Ignacio Ramonet, director de *Le Monde Diplomatique*, utilizó por primera vez el concepto “pensamiento único” para denominar aquella forma de reflexión que, de manera unívoca, era la autorizada por una invisible y omnipotente policía de la opinión para empantanar el estado de cosas actual.<sup>1</sup>

Casi una década más tarde, se ha tornado ya un lugar común afirmar que nuestra época se encuentra signada por este fantasma. El concepto ha devenido, en buena medida, una categoría-fetiché a la cual todo intelectual políticamente correcto debe acudir en busca de una explicación sensata ante la ausencia de alteridades no capitalistas. Así, la imposibilidad de construir una fuerza contra-hegemónica radicaría, según varios de los autores de *¿Pensamiento Único en Filosofía Política?*, en el vacío o hueco teórico existente al interior de los sectores subalternos. Estructurado sobre la base de un Dossier originario, publicado en el año 2000 en París en el marco de la revista *Actuel Marx*, y con una vasta cantidad de aportes complementarios de escritores latinoamericanos y especialmente argentinos, la propuesta se enmarca en los sucesivos coloquios y congresos internacionales organizados por la revista en el continente europeo.

La prioridad de las intervenciones condensadas en la primera mitad del libro es, por lo tanto, indagar en la existencia o no de *otras* filosofías políticas que aporten a la reflexión crítica y la resistencia teórica. Esta es, aunque pueda sonar paradójico, la principal potencialidad y limitación del libro. Por un lado, su aporte al pensamiento “radical” resulta sin duda de una importancia considerable. Sin embargo, en la medida en que subyace en gran parte de las exposiciones una inversión de la famosa frase del barbudo de Tréveris, *sustituyendo* el arma de la crítica (al parecer) a la crítica por las armas, el “marxismo de cátedra” -como solía catalogarlo Engels-

emerge como la única lucha posible frente a la cruenta reestructuración capitalista desencadenada en las últimas décadas.

También el libro *Pensamiento Único vs. Pensamiento Crítico* queda, desde su nombre mismo, entrampado en esta falsa dicotomía. Dividido en diez capítulos (pensamiento único-pensamiento crítico, la era de la globalización, demolición social, refundar la democracia, planeta y especie humana, mujeres y equidad social, refugiados e inmigrantes, nuevos desafíos para los medios de comunicación y cultura y mercado), dentro de los cuales se condensan varios artículos por ejes temáticos, la compilación resulta un mix heterogéneo de posiciones teórico-políticas, dentro de la que se destacan las de Armand Mattelart, Samir Amin, y Eduardo Galeano. No obstante, más allá de estos aportes notables, se huele en parte del resto de los textos una especie de nostalgia por “los buenos tiempos”: ¿Agonía de la cultura?, El cine europeo, desamparado y Culturas en venta, son tres de los títulos que rememoran viejas épocas de bonanza capitalista en las que *la sociedad del espectáculo*, tan bien descrita por Debord, parece estar ausente.

Por sobre todo, ambas compilaciones tienen -al margen de sus particularidades- un objetivo en común: amalgamar un cúmulo de artículos y ponencias que, desde variadas posturas teóricas, intentan impugnar un discurso por demás en boga como es el del “pensamiento único”. Tanto sus críticos como sus apologeticos coinciden en diagnosticar el mal (o bien, según sea el caso) de esta reformulación del planteo fukullámico. Sin embargo, quienes intentan trascender el estado de cosas actual no logran percibir que, más que un pensamiento, lo que acontece es una práctica única. Esto cambia radicalmente el eje de discusión (y sobre todo de acción): el problema de fondo no sería el contenido de lo enunciado, ya que hoy la “tolerancia pluralista” permite decir lo que a cada uno se le antoje, siempre y cuando se respete la *forma* en que se lo expresa, así como su anclaje dentro de los márgenes de la mera retórica.

Actualmente, el capitalismo “posmoderno” se ha tornado una especie de mosaico fragmentario de discursos contrapuestos, posibilitando más que nunca la coexistencia de las sagradas diferencias. Desde esta óptica de bricolaje (o “pastiche”, como gusta llamarla Jameson), *todo puede ser dicho*, al punto de convivir sin tensión alguna, múltiples particularidades comunicativas, equivalentes entre sí y plausibles de ser absorbidas por las instituciones burguesas. La ley del valor actúa también así en el ámbito del pensamiento, y el tráfico mercantil de ideas parece afectar incluso a los otrora más respetados filósofos.

Teniendo en claro esto, podemos expresar entonces que, más que estar en contra de un pensamiento único (sabemos que ello no ocurre en numerosas Universidades y organismos públicos, donde existe pluralidad de corrientes, y hasta una parcial hegemonía “marxista”) *debemos combatir la unidimensionalidad de las prácticas sociales y políticas* que -más allá del contenido específico que porten- reproducen de cuajo las relaciones de poder, sometimiento y explotación sobre las que se solventa la sociedad capitalista.<sup>2</sup> Lo que subyace al planteo de gran parte de la intelectualidad progresista que colabora de manera “desinteresada” en este tipo de compilaciones es precisamente eso: la eliminación total del compromiso militante, en el más amplio sentido de la palabra.<sup>3</sup> Decía Vico que conocer es, ante todo, hacer. Parándose desde esta definición, cabe preguntarse qué conocimiento pueden llegar a generar buena parte de los “pensadores críticos”, respecto de los procesos actuales de lucha e intervención política, cuando se encuentran totalmente ajenos a ellos. El caso más ejemplar en Argentina es el de las Asambleas barriales y los movimientos piqueteros, que a partir de un distanciamiento “cientificista” se presentan ante los ojos de los investigadores bajo un ropaje cosificante, tal como añoraban Comte y Durkheim. Precisamente este derrotismo teórico-político, que sobrevuela de manera subrepticia la infinidad de “papers” académicos elaborados hoy en día, tiene como una de sus bases principales esta cuestión problemática.

Con este planteo, no es nuestra intención rememorar las viejas discusiones sobre el “voluntarismo” (que van, entre otros, de Lenin y Luxemburgo a Sartre y Merleau Ponty). Sí pretendemos, en cambio, dejar clara nuestra posición con relación al tema: esencialmente somos nuestras prácticas. La *lejanía* existente entre los textos eruditos que habitan libros y revistas “del palo”, y la experiencia concreta que constituye al acontecer político, no desaparece por su omisión, sino que -en términos del compañero Freud- es reprimida. Su retorno, por supuesto, se torna inevitable. Esta breve reseña pretende justamente reintroducir la molesta piedra de la unidad indisoluble entre teoría y acción, en el desgastado zapato de la crítica crítica, tan en auge en estos días.

Somos conscientes de lo provocativo de estas palabras, pero creemos que resulta imperioso un debate a fondo acerca de este tipo de in(ter)vencciones. En este sentido, vale la pena recordar lo que expresó Marx, hace más de un siglo y medio, como corolario de sus conocidas Tesis sobre Feuerbach: “los filósofos se han dedicado a interpretar el mundo de diversas maneras, cuando de lo que se trata es de transformarlo”. Era plenamen-

te consciente que el problema no radicaba en el carácter unívoco del pensamiento, sino en la ausencia de una *praxis política* que posibilitara que aquel se hiciera carne en la cotidianeidad militante. Esto nos lleva a expresar que, si bien la reflexión teórica resulta indispensable para la práctica emancipatoria (“sin teoría revolucionaria no hay acción revolucionaria”, solía postular Lenin) es incapaz por sí misma de operar el cambio radical necesario.

Nuestra anomalía no ha de ser, por tanto, más que la actuación experimental a escala colectiva, alternativa de (y autónoma con respecto a) las prácticas burguesas. La enseñanza de Maquiavelo, actualizada por Louis Althusser, es desde este ángulo más pertinente que nunca: para comprender a los príncipes es preciso *hacerse* pueblo. De manera análoga, el pensamiento “crítico” sólo es plausible de ser fructífero si se concibe al interior de los sectores subalternos.<sup>4</sup> Desde ellos, lo meramente formal deviene real.

Partiendo de esta perspectiva, el pensamiento crítico -o, para decirlo en términos de Toni Negri, la teorización del puño levantado- tendría por función no sólo (como parecen entender varios de los autores compilados en ambos libros) la construcción de un nuevo sentido (o relato) que desarticule el *discurso* dominante, anclado en la interpretación burguesa de la sociedad capitalista como eterna y natural. Si se acotara a ello, tal como expresamos anteriormente, el arma de la crítica *sería a la vez* la crítica por las armas, en la medida en que la lucha se reduciría a una mera confrontación teórica por re-significar el (des)orden simbólico que constituye a -e interviene en- la realidad social. Intentando trascender esta postura, Deleuze postulaba en su precoz relectura de David Hume<sup>5</sup> que la filosofía solo tenía sentido si se concebía como construcción permanente de lo que hacemos.

Por ello, la emergencia de lo nuevo debe entenderse como la capacidad (auto)creativa de i(nte)rrumpir *prácticamente* (en) la continuidad homogénea y farsante de lo histórico, no reeditando lo caduco, sino inventando vínculos de manera tal que la política devenga una necesidad humana constante. A partir de este movimiento, la praxis en tanto *quiebre* de la reproducción capitalista estallará imprevistamente como lo hizo el 19 y el 20 de diciembre. Quizás sea pertinente (re)tomar para ello el concepto de “filosofía de la praxis”, elaborado por Antonio Gramsci en su período carcelario. En él, la articulación entre teoría y acción revolucionaria, lejos de ser una mera quimera, deviene una realidad concreta, sintetizada en la famosa figura del *intelectual orgánico*.

Por todo lo antedicho, se torna imprescindible que no sólo los “teóricos” de la izquierda, sino también el conjunto de los sectores populares, realicemos una profunda autocrítica con respecto a las formas tradicionales de construcción del pensamiento crítico y la intervención política. Más aún de cara a lo sucedido en los últimos meses en nuestro país y en el mundo. La principal enseñanza de estos acontecimientos estriba en que es hora ya de dejarse de pelear con los gendarmes del pensamiento único por los inútiles “tenedores” de la crítica crítica, cuando todo parece indicar que lo que llueve es sopa.

Hernán Ouviaña

## Notas

<sup>1</sup> *Le Monde Diplomatique*, enero de 1995. La traducción corresponde al N° 7 de la Edición Española, mayo de 1996.

<sup>2</sup> Un claro ejemplo de ello es la Central de los Trabajadores Argentinos, quien se esmera en forma permanente por gestar un “nuevo pensamiento”. Durante la heroica jornada del 20 de diciembre, cumplió un papel vergonzoso: si por un lado la dirigencia de la FTV denunciaba a gritos que la rebelión popular había sido “organizada por la derecha”, por el otro el FreNaPo convocaba a las 18 horas (con una clara intención desmovilizadora) a una reunión en el local central de Capital Federal “para debatir sobre la grave situación nacional”.

<sup>3</sup> Podría afirmarse incluso que la inmensa mayoría de estos autores/espectadores se encuentran un paso atrás de aquellos que Perry Anderson cobijaba bajo el paraguas del “marxismo occidental”, en la medida en que los intelectuales contenidos dentro de este término escindían la teoría crítica de la praxis revolucionaria. En la actualidad, más que un *hiato* entre una y otra, exista una total ausencia de la última.

<sup>4</sup> Lo cual, por supuesto, no implica caer en una lógica de “proletarización”, tan cara para la izquierda revolucionaria de los años ’70.

<sup>5</sup> *Empirismo y subjetividad*, Ed. Gedisa, Barcelona, 1981.